

## 2

# EL SUJETO INFANTIL Y LA VIOLENCIA <sup>(1)</sup>

\* Rocío Gómez Gallego

## RESUMEN

---

En esta exposición, deseo presentar la relación del niño con la agresividad, a partir de la práctica psicoanalítica.

**Palabras clave:** Amor, odio, agresividad, violencia.

## SUMMARY

---

In this discourse, I want to present the relationship that there between the child and aggressiveness, from a psychoanalytical point of view.

**Key words:** Love, hate, aggressiveness, violence.

---

1) *Exposición presentada en el Seminario sobre Violencia Intrafamiliar, Servicio Seccional de Salud de Antioquia, Subsecretaría de la Mujer, Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, Marzo 10, 11 y 12 de 1993. Medellín, Colombia.*

\* *Médico Pediatra, Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.*

*Separatas: Carrera 64A # 48-37 Consultorio 109N. Bl. 7 Medellín, Colombia.*

Vengo cuestionándome sobre síntomas como el de la alta agresividad, es decir, la violencia que se vive en las familias y en nuestra sociedad. También me pregunto acerca del deseo y de una ética frente a la vida. Mi interrogante principal es sobre la función del padre. Ha de quedar claro que más que proponer soluciones, lo que deseo es mostrarles algunos interrogantes que son la razón de ser de mi trabajo.

El desarrollo emocional del niño, comienza aun en la vida prenatal, cuando el infante es viable e inclusive la experiencia del parto puede ser significativa (1). Un ser humano está marcado, desde el comienzo, por la manera como es esperado y deseado. Para su desarrollo necesita tener un padre y una madre, es decir una pareja humana de referencia estable, que conozcan al niño y que lo amen, donde a su vez, padre e hijo se reconozcan. Estos padres, además, deben ser sentidos por el hijo, cada uno de ellos, como su rival con referencia al otro. Justamente, el hijo se reconoce en el padre, como lo muestra La Orestíada, de Eurípides, en la cual Orestes se reconoce en el padre (2). Este reconocimiento bilateral es lo que posibilita la paternidad; es la adopción del padre frente al hijo y viceversa. Por lo tanto, la díada madre-hijo no es otra cosa que la triangulación: padre, madre e hijo.

Comienzo con la idea de hogar normal o sano en el cual las necesidades de cada niño son satisfechas en un ambiente que se desarrolla junto a él, donde el cuidado surge del amor. La cría humana tiene un organismo sometido a funcionamientos fisiológicos semejantes en la realidad a los otros seres de su edad. Esos funcionamientos son las necesidades.

Pero resulta que el hijo del hombre, no es únicamente un ser de necesidades, un cuerpo biológico, sino que también es un ser deseante. Me explico: el niño es el objeto

del deseo de la madre y del padre; igualmente es el objeto de la angustia y del amor de estos. Pero el niño es, de igual manera, un sujeto deseante. El hijo está inmerso en el mundo de lo simbólico desde antes de nacer, ya que él es producto de seres deseantes. Su deseo es el deseo del Otro, de la madre. El sujeto lleva a cabo el encuentro con el deseo, a partir de la pregunta ¿Che voi? ¿Qué quieres de mi? formulada al Otro. En otras palabras, el niño es el sujeto inconsciente del deseo de la madre, deseo que como tal, está presente desde la concepción. Y quiero agregar algo más, el lactante es, desde el nacimiento, el receptor de los deseos de la madre, del padre y del entorno familia (3). Y esto, ¿qué consecuencias tendrá? Avancemos un poco.

El vástago humano opta en forma inconsciente por un lenguaje, a fin de realizar su propio deseo, el cual está siempre en busca de satisfacción. Pero más allá de la satisfacción de la necesidad, se articula una demanda de amor. Así que deseo y demanda están circulando desde el comienzo de la vida del hombre. A la madre se le hace una demanda de amor. Mientras más la madre satisface las necesidades del niño, más se obtura el deseo de él. En el juego del "Fort Da", Freud marca la presencia y ausencia de la madre: "Fort", "Vete", "Da", "Aquí", y es en esa ausencia donde se articula el deseo, la estructura del sujeto. Es así como el niño para expresar el deseo habla a través de su cuerpo. El cuerpo es lenguaje y sus funciones son lenguaje; así el pequeño expresa por medio de disfunciones o trastornos de salud lo que los padres llevan en sí y no pueden expresar. Por lo tanto, la relación del niño con los padres, es una relación simbólica de lenguaje (4). Los progenitores deben conocer lo que el niño les aporta simbólicamente; deben percibir su funcionamiento en el marco de la familia o de la comunidad. Veán ustedes: si un niño "anda mal", hay que "parar las orejas", pues algo nos quie-

re decir. Por ejemplo: "aquí estoy yo, pero tal como estoy... no estoy bien". Muy a menudo lo expresa en forma de enfermedad, pero también puede hacerlo con buena salud. Los pediatras sabemos que los niños son "pequeños tramposos", ellos tosen a veces, cuando quieren preocupar a la madre o llamar la atención. La madre dice: "Es una tos inventada... pero tose"; o se quejan de dolor abdominal cuando no quieren tomar la sopa y conozco angelitos de seis u ocho meses que se introducen los dedos en la boca cuando les dan mucho tetero. Naturalmente, logran angustiar a la madre y se unen a ella a través de la angustia. Pero, pobrecitos ¿cómo más se van a defender estos bebés de la mamá cuando les dan mucha comida? Sí, ustedes saben que esto es verdad. Hay algunas madres que creen que el bebé es una "boca que come", y no saben ofrecerles "otra cosa" y esa "otra cosa" no es comida.

Ahora quiero llamar la atención: el niño muestra lo que sucede en el inconsciente de los padres; lo que éstos no saben; lo que no conocen por sí mismos. ¿Cuántas madres quieren que sus hijos hagan deposiciones de "buen aspecto y color" cuando ellas digan y a la hora que ellas necesiten? ¿Y cuántas les exigen a los lactantes pequeños un control de esfínteres cuando ni siquiera tienen un sistema nervioso maduro que pueda sostener la micción y la defecación? Alguna decía muy orgullosa: "El no es cochino, ya -se-me-hace-en la bacinilla y apenas tiene ocho meses, pero casi no-me-come". Es decir, aquí parece que no es el niño el que defeca y el que come. ¿Cuál será el fantasma de esta madre?

Examinando en una ocasión a un bebé completamente sano, le formulo a la madre una pregunta acerca de su relación con el hijo, ya que veo a este un poco triste. Esta madre ha sido expulsada del hogar por ser madre soltera. Ella me dice: "yo quiero que mi niño se muera para poder regresar al

lado de mamá". Me interrogo, ¿qué lugar ocupa este niño en el deseo de su madre?

De todo lo anterior, se puede concluir que el hijo del hombre es un sujeto sensible a la palabra y a la voz. La segunda transporta la primera. La palabra conduce el lenguaje y en este aparece el significante. Pero el encuentro de significantes es el biendecir sobre su deseo, y ellos estructuran el deseo del sujeto. Veán ustedes la importancia de la palabra de personas que trabajan con niños como: médicos, odontopediatras, enfermeras, psicoanalistas, psicólogos, defensores y jueces de familia, educadores, trabajadoras sociales, jardineras, y todos aquellos delegados de los padres. Resulta que esas palabras dichas a los niños en las incubadoras, en las salas de cirugía, en los hospitales, en los consultorios, en los jardines de infantes, en los hogares sustitutos, serán escuchadas por ese lactante, ya que tales palabras son proveedoras de vida, lo cual ayudará a estructurar su deseo. Todo párvulo cobra confianza en sí mismo y en los otros cuando se le habla y se le escucha, y cuando está respaldado por las atenciones de las personas de su entorno que lo aman y desean su desarrollo.

El niño se halla feliz de hablar de sus fantasías, de sus pensamientos y de sus actos, cuando tiene la certeza de ser tan necesario para los demás como estos lo son para él. El bebé establece desde el nacimiento una fuerte relación con su madre, ella es su objeto amoroso. El rasgo predominante de la madre es su disposición y su capacidad para despojarse de todos sus intereses y concentrarlos en el bebé. Ella puede cumplir su tarea si se siente amada y valorada por parte del padre del niño y de su familia en general. También contribuirá a ese cumplimiento el haber resuelto de manera adecuada su Complejo de Edipo con su consecuente castración y el tener otros intereses fuera del hijo. Esto es lo que otorga a la madre su capacidad especial para serlo.

Con frecuencia, en la consulta, y refiriéndose al bebé, dicen las madres: "no se qué le pasa, pero no se siente bien". Las madres saben exactamente cómo se sienten sus hijos, simplemente porque son sus hijos. Naturalmente la madre está inserta en la cultura. Ella podrá ser maternal con su vástago si, siendo ella muy niña, recibió a su vez trato maternal.

Ahora quiero anotar algo. A medida que el pequeño va creciendo, éste tiene que desprenderse de la madre, o más bien la madre tiene que separarse de su hijo, y de la elaboración de ese duelo inicial por parte del niño, dependerá la normalidad del psiquismo en el futuro cuando deba soportar nuevas pérdidas y aceptar nuevos objetos amorosos. Sobre esta estructura, el niño que devendrá adulto, construirá su relación con el mundo y hará también su elección de pareja. La separación de la madre y el niño es un proceso doloroso. El pequeño siente pena por su madre porque sabe que ella no puede soportar la idea de perderlo. Además, percibe con claridad todo esto y a él este proceso le resulta más fácil, si la madre experimenta alegría al verlo partir y al verlo regresar. Pero yo creo que para algunas madres se hace muy difícil que su hijo crezca. Cuando en la consulta le digo a la mamá que su niño está grande y creciendo, con frecuencia escucho: "me da pesar que crezca; yo quiero conservarlo como bebé". ¿Será entonces tan doloroso el crecimiento de los hijos para algunas madres? La necesidad de separarse de la madre, la necesidad de la búsqueda de intereses en el mundo externo y la necesidad de los movimientos son simultáneos, y todo esto culmina con la bipedestación y la marcha.

Más tarde el desarrollo genital llevará al sujeto a buscar objetos de amor fuera del centro familiar. Es decir, hay un desplazamiento de las pulsiones a través de la expresión corporal, los juegos, las manifes-

taciones lúdicas y creativas. Las pulsiones nos anuncian que el hombre no tiene únicamente cuerpo biológico, sino que detrás hay algo más: la sexualidad. Este cuerpo carnal está unido al sujeto inconsciente del lenguaje, en su vínculo con el significante y marcado por el deseo. Esta es la razón por la cual nada permite comparar al hijo del hombre, un ser de lenguaje con otras criaturas vivientes, reguladas por el instinto. En efecto, los intercambios del pequeño con su entorno familiar provienen del lugar que el niño ocupa en el deseo de los demás, de lo que se cree que el niño quiere decir o pedir, y de lo que él percibe que los otros quieren decirle o provocar en él. Freud ha descubierto y descrito el Complejo de Edipo como estructura de la primera organización libidinal completa, incluyendo todas las pulsiones. Y allí la importancia de que los padres verbalicen la interdicción del incesto como la máxima ley que rige la especie humana. En esta forma se permite a los niños plantearse interrogantes sobre la vida y la muerte, el cuerpo, la maternidad, la paternidad, las relaciones familiares. La falta de una palabra del padre o de la madre, hacen que las dificultades en la resolución del Complejo de Edipo dejen en el inconsciente del crío del hombre amenazas sobre su deseo.

Si ustedes siguen acompañándome en el discurso, les puedo decir algo más: en este desarrollo emocional, el niño, como sujeto deseante vive el amor, el odio y los conflictos inherentes a la experiencia humana. La palabra "amor" encierra diferentes vínculos afectivos. Amor y odio son una realidad constante. El odio y la agresividad hacen parte también de nuestros vínculos de amor. No hay amor puro, o sea que hay algo de odio en el amor. La más tierna de nuestras relaciones amorosas lleva adherida agresividad, la cual puede incitar al deseo de muerte. Nuestro inconsciente mata incluso por pequeñeces: "me provoca matarlo", "que se largue", "que se

lo lleve el diablo", "no me lo soporto más". Cuando los niños pelean con sus papás, con frecuencia dicen a sus progenitores: "no te quiero", "váyase". Todo esto sólo quiere decir "que la muerte se lo lleve". Por lo tanto, entre estas dos vertientes de amor y odio se van a establecer las relaciones entre los seres humanos (6).

Pero todavía hay algo más: inconscientemente el chiquitín está enamorado de uno de los progenitores y en consecuencia odia al otro. La triangulación es una realidad que permanece intacta y seguirá repitiéndose en la vida. El amor y el odio no son experimentados con mayor intensidad por el adulto que por el niño. Basta observar al ser humano adulto, al niño o al lactante menor para comprobar que estos elementos existen en ellos. Por lo tanto el bebé no es el tierno ser angelical lleno de amor y desprovisto de odio, que algunos imaginan. La experiencia de las madres muestra que los críos no piden tetero decentemente sino a los gritos y con rabia. Una mamá me decía, refiriéndose a su bebé: "si no le sale leche por este seno, me muerde y se pone furioso; mire usted, y apenas tiene un mes". Sería muy larga la lista de síntomas que podría recordarles, los cuales no hacen más que confirmar esta ambivalencia en el niño. No vayamos muy lejos: cuando nace un bebé en una familia y hay otros hermanos pequeños, estos muerden con facilidad al pobre recién nacido o le introducen sus dedos en los ojos o en la fontanela para ver "qué pasa". ¿No es verdad?

Ustedes también pueden dar testimonio de la gran capacidad que tienen las madres para amar y para odiar. Y no solamente las madres: la vida nos enseña que no todos los seres humanos son merecedores de amor. San Agustín se adelanta al psicoanálisis al darnos una imagen ejemplar de un comportamiento en estos términos: "Vidi ego et expertus sum zelantem

parvulum: nondum loquebatur et intuebatur pallidus amaro aspectu con lactaneum suum": "Vi con mis propios ojos, y conocí a un niño de pecho, que aún no sabía hablar y tenía tales celos y envidia de otro hermano suyo de leche, que le miraba con un rostro ceñudo y con un semblante pálido y turbado. ¿Y quién hay que pueda ignorar esto?" (7). En esta reacción emocional están las coordenadas psíquicas y somáticas de la agresividad original.

En la cultura y en el arte se vive y se siente la presencia de amor y de odio del ser humano. Permítanme ustedes colocar como ejemplo una composición que me es muy cercana. Se trata de una obra maestra de la creación humana, como es la Novena Sinfonía de Beethoven en re menor, op 125. Su final coral es un poema de Schiller, la "Oda de la alegría", "Alegría hija de Eliseo", un himno a la humanidad y a la libertad del hombre. Es un ideal de solidaridad y de alegría humana. Si el genial compositor a través de ese grito desgarrante y profundo de la Oda de la Alegría, invoca el amor y la solidaridad entre los seres humanos, es porque detrás está el odio. Veamos ahora lo que ocurre en la pintura: si miramos la obra "El jardín de las delicias" de Jerónimo Bosco, podremos reconocer allí imágenes agresivas que atribulan a los hombres. Por lo tanto, es preciso anotar que el amor, el odio y la ignorancia, constituyen los principales elementos a partir de los cuales se elaboran todos los asuntos de la comunidad humana.

Para nadie es un secreto que el infante tiene una enorme capacidad para la destrucción, principalmente en su fantasía. Esta agresividad original no tarda en convertirse en algo que puede ser movilizado al servicio del odio. Los pequeñuelos no sólo se comunican entre sí, sino que para ellos la agresividad desempeña un papel importante. Cuando los sujetos infantiles juegan, destruyen sus juguetes, pelean entre sí, se

muerden, le arrancan las cabezas a las muñecas y las ruedas a sus carros; juegan hasta cuando la destrucción total no les permite seguir haciéndolo, sin preocupación alguna. Pero esa agresividad infantil, se podrá observar más tarde en la vida adulta, cuando encuentre un libre terreno para su manifestación. Como conclusión parcial podemos afirmar que el odio, como fuente de la agresividad, es una de las tendencias humanas que permanecen ocultas, disfrazadas. Se manifiesta en una experiencia que es subjetiva, y es un peligro potencial para el individuo y la comunidad; además, produce reacciones de acuerdo con la cantidad de tensión que ya existe en la fantasía inconsciente de cada ser humano. En consecuencia es tarea de los padres, de los adultos, impedir que esa agresividad natural del hijo vaya demasiado lejos. Ello se logra mediante el ejercicio de una autoridad segura, imponiendo normas y prohibiciones. Es decir, los niños necesitan algo más de sus padres aparte de su amor: necesitan también prohibiciones. Demasiado amor engendra odio. Una educación inteligente tenderá a desviar esos impulsos cáusticos encauzándoles hacia una lucha contra las dificultades del mundo exterior. Poder tolerar todo lo que uno puede encontrar en la propia realidad interna, constituye una de las grandes dificultades de la vida, y una finalidad humana importante consiste en establecer una relación armoniosa entre las propias realidades internas y externas.

Finalmente, toda agresividad que no se niegue, y por la que es posible aceptar responsabilidad personal, puede utilizarse para fortalecer los intentos de reparación y restitución. En el transcurso de todo juego, de todo trabajo y de todo arte, podemos observar que hay en el inconsciente un remordimiento por el daño realizado en la fantasía, y un deseo de comenzar a arreglar las cosas (8). Aquí creo que es justo el

dicho popular: "el trabajo alivia". En otras palabras: hay que hacer cultura para no enfermarnos.

En efecto, en medio de toda esta agresividad dentro y fuera de la familia, es el niño quien soporta en forma inconsciente el peso de las tensiones, lo cual va a repercutir en su dinámica emocional y su efecto es dañino, cuanto mayor es el silencio y el secreto guardados al respecto. Ustedes juzgarán sin duda, que es el pequeño quien encarna y hace presentes las consecuencias de un conflicto familiar, conyugal o social. La persona que trabaja con niños puede dar cuenta de que muchos desórdenes orgánicos y afectivos de éstos, son la expresión de una perturbación social, familiar, personal de sus padres o de sus sustitutos.

Muchas veces los pequeños denuncian violencia, siendo esta fuerza parte de sus fantasías, como lo muestra Freud en "Pegan a un niño" (9). Lo que importa no son los hechos reales vividos por esa criatura, sino a la vez el conjunto de representaciones que tiene, y el valor simbólico que se desprende de ellas en la estructura del sujeto. Esa simbolización depende de las palabras justas o no, que serán pronunciadas al respecto por las personas a quienes el infante escucha. Hay que recordar que las palabras engendran imágenes y un niño experimenta deseos e imagina fantasías. Pues bien: ustedes pueden comprender que no sólo se agrede con la palabra y los maltratos físicos, sino también con el contacto que ese cuerpo del niño tiene con sus semejantes: caricias, manoseo, sonrisas, la humillación en las expresiones de desprecio, lo que hay alrededor de la alimentación y de los cuidados del pequeño; en otras palabras, es la postura del cuerpo del niño y del otro.

Hay situaciones de agresividad que se salen de la vida cotidiana y por su gravedad tiene que intervenir el Estado. Es el caso de los niños maltratados, desnutridos y

abandonados. Hay allí algo difícil de abordar y es la relación de objeto. Desde la praxis llamada Psicoanálisis me acuden preguntas: ¿Qué lugar ocupan estos niños en el deseo de sus padres? ¿Qué es lo que desean sus madres? ¿Cuál es la relación del hijo maltratado, desnutrido o abandonado con el fantasma de estos padres? ¿Cuál es el deseo de estos niños? En general, en estos casos vale la pena reflexionar sobre la importancia del papel del Estado y de los funcionarios que intervienen allí. El Estado tiene responsabilidad supletoria; es decir, brinda ayuda cuando hay carencia en la responsabilidad de los padres, a través de programas de prevención y protección para los menores. Los centros hospitalarios y la comunidad en general, también están implicados, ya que pueden atender y denunciar casos de niños con dichas carencias, para que este tipo de violencia no quede en la impunidad y se puedan aplicar los correctivos necesarios.

Cuando el niño vive un alto grado de agresividad dentro de su familia y de la sociedad, el peligro es que esta enigmática energía que todavía arde en su interior, encuentra terreno favorable en la destrucción y la intensidad que se desatan alrededor. ¿Será que con síntomas como la agresividad y la violencia que se vive en nuestras familias y en nuestra sociedad estamos contribuyendo a la formación de sujetos con trastornos mentales, neuróticos, perversos, trasgresores de la ley? ¿Qué se esconde detrás de estos síntomas?

Desde la primera época de la infancia, el sujeto infantil lucha contra todo aquello que lo perturba y que lo agrede. Pero para el niño de nuestra sociedad, tiene que serle muy difícil luchar contra su propio deseo de exterminio, cuando diariamente se le ofrecen espectáculos de crueldad, de sangre y de muerte. Por lo tanto, hay que asegurarle al niño que con todo el peligro que

existe, su vida se le protegerá. Y ¿cómo se le brindará esa seguridad? Haciéndoles saber con palabras las dificultades que hay dentro y fuera de la familia, y explicándole que esa rudeza hace parte de una dificultad más de la vida. Estos hechos, para que no produzcan mayores efectos en el niño, hay que verbalizarlos; hay que humanizarlos; hay que decirlo "con palabras". Todo debe ir atravesado por la palabra de los padres. No se intenta ocultar sus dificultades, se trata simplemente de nombrarlas, hacerlas saber. Si se habla con la verdad, la situación se hace menos difícil y dolorosa y se le da un sentido a lo que está viviendo. Retomo las palabras de Françoise Dolto, Pediatra Psicoanalista. Ella decía a sus pequeños pacientes: "antes sufrías mucho; ahora, ya lo sabes". Hay una gran diferencia entre saber y no saber. Saber, implica la posibilidad de hacerse cargo de los riesgos, de asumir la vida.

La familia cumple un papel definido con claridad en el momento en que el niño en desarrollo se enfrenta a la sociedad, ya que dentro de ésta el pequeño se encuentra sometido a las fuerzas del amor, del odio y del deseo de los otros. Y ¿cuáles serán sus efectos? La humanidad está inmersa dentro del proceso de la cultura o civilización. A este proceso debemos lo mejor que hemos llegado a ser y una buena parte de aquello a raíz de lo cual penamos.

La sociedad le exige a la familia que cree cultura, que la ame, que haga algo por ella. Pero en esa exigencia el mismo proceso cultural produce agresividad y violencia, ya que se da un desplazamiento de las metas pulsionales, es decir, los miembros de la familia tienen que retirar los montos de amor entre ellos e invertir, o sea, colocar su líbido en otro lugar: en el trabajo, en el arte, en la sociedad, etc., para poder hacer cultura. Al retirar ese monto de amor, queda el odio, fuente de la agresividad. Pero al mismo tiempo, todo lo que promue-

ve el desarrollo de la cultura trabaja también contra esta fuerza original (10).

La vida del ser parlante está plagada de actos crueles. No en vano, algunos historiadores anotan que la violencia es partera de la humanidad, y, de hecho, desde Aristóteles se ha intentado hacer tratados sobre la ética, sobre una forma de vida. A juicio propio, las relaciones entre los seres humanos, están más marcadas por el odio y la agresividad que por el amor y la solidaridad. Todos conocemos los móviles y los efectos de las dos guerras mundiales. ¿Y hay alguien tan osado que pueda llegar a negar la shoah, el holocausto de millones de judíos durante la segunda guerra mundial? La humanidad entera sabe de la violencia que se vive actualmente en Europa debido a su desintegración política y geográfica y todos podemos dar cuenta de esa virulencia de la vida cotidiana en nuestra sociedad. No se trata de justificar la agresividad simplemente porque hace parte de la vida del hombre. Lo más importante es saber qué se hace con ese impulso original para poder vivir en comunidad; para hacer cultura. Es decir, esa agresividad propia hay que reconocerla, es necesario nombrarla para poderla asumir.

Reflexionando un poco más, creo que el amor y el odio, hacen parte de la vida del hombre. No puede existir el uno sin el otro. Por lo tanto, se trata de buscar un punto medio. Si este punto medio se construye a través de la palabra del padre, como el que ayuda a estructurar el Edipo y además, es el padre el representante de la norma, del límite, de la ley, yo les pregunto: ¿qué pasa con la palabra del padre en nuestra sociedad? Más claro aún. Mi interrogante, es la pregunta por el padre, por el Nombre del Padre o los nombres-del-padre, o sea, su función: ¿qué es un padre?

Para el niño va a ser determinante la forma como percibe la conducta de los progenitores y su interrelación, ya que a partir

de allí, el sujeto infantil que devendrá adulto, construirá una ética frente a la vida. Ética es actuar de conformidad con el deseo que habita al sujeto; es no ceder en el deseo propio. Hacer las cosas en nombre del bien y del bien del otro, nos coloca en toda suerte de catástrofes interiores. La culpa se da por ceder en el deseo. En la medida en que el sujeto se responsabiliza más allá de lo que asume, se disminuye la culpa. Los padres no son culpables de lo que le pasa a los hijos, pero sí son causantes. La ética es hacer las cosas por el bien propio y lo que conviene al ser humano. El sujeto va al psicoanálisis a hablar para poder desear; a preguntarse por su deseo y allí pagamos esa culpa. El deseo nos recuerda que somos seres en carencia y que la plenitud es imaginaria. La ética del psicoanálisis sustenta la ley del sujeto del deseo, y no la ética del goce.

## REFERENCIAS

1. Winnicott D.W. La familia y el desarrollo del individuo. Buenos Aires: ediciones Hormé; 1967:16.
2. Eurípides Orestes. Tragedias. Vol 3. Madrid: Editorial Gredos; 1979: 167-247.
3. Dolto F. La dificultad de vivir. Vol 1. Buenos Aires: Editorial Gedisa; 1982:28.
4. Dolto F. La dificultad de vivir. Vol 1. Buenos Aires: Editorial Gedisa; 1982:14.
5. Freud S. Pulsiones y destinos de pulsión. Vol XIV. Buenos Aires: Amorrortu Editores; 1979: 105-134.
6. Freud S. De guerra y muerte. Vol XIV. Buenos Aires: Amorrortu Editores; 1979: 298.
7. Lacan J. La agresividad en psicoanálisis. Escritos 2. 6ª ed. México: Siglo XXI Editores; 1980: 65-87.
8. Winnicott D.W. El niño y el mundo externo. 1ª ed. Buenos Aires: Ediciones Hormé; 1965: 179.
9. Freud S. Pegan a un niño. Vol 17. Buenos Aires: Amorrortu Editores; 1979: 173-200.
10. Freud S. ¿Por qué la guerra? (Einstein y Freud). Buenos Aires: Amorrortu Editores; 1979: 179-198.